
THE PALM READER
GILLETTE FOREVER
DEFINITIVE EDITION

LA QUIROMÁNTICA DE WALL STREET: SECUELA II

Había hecho planes para volver a Miami.

Seis meses.

Tiempo suficiente para descansar, pulir mi español y estudiar de cerca a las mujeres cubanas.

Siempre habían sido mi presa favorita.

Entré en un supermercado, y el destino llegó antes que el carrito.

Una mujer apareció frente a mí.

Cubana.

La reconocí al instante. Ella me reconoció a mí. Me miró fijamente unos segundos. Luego dijo:

«¿Qué diablos haces aquí?»

«Hacer la compra.»

«No. Quiero decir en la Tierra. ¿No deberías estar ya en el infierno?»

Le hice un cumplido sobre su inglés. Impecable. Las mejores mujeres siempre logran ser dos personas a la vez: dulces cuando quieren información, despiadadas en cuanto la consiguen.

Me preguntó cómo estaba. Cómo estaba mi salud. Cómo seguía siquiera con vida. Dónde estaba mi esposa. Y, sobre todo: «¿Cómo lograste seguir joven y vencer al mismísimo diablo?»

Le dije que tenía un autobús que tomar. Eso era cierto. No dije adónde. Me despedí y desaparecí.

. . .

De vuelta en casa, me dormí al instante.

En el sueño, vi a alguien subiendo las escaleras de mi casa en Italia. Lo conocía. O tal vez no. Entonces caí en la cuenta. Era él. El indio de Cincinnati. El del billete de dólar firmado.

Llegó al último escalón. Me abrazó. Sonrió con ese aplomo británico que algunos indios llevan mejor que los propios británicos. Luego me miró, serio.

«Frega, por favor, ¿dónde está el baño?»

Me desperté sobresaltado. Fui a buscar la puerta del baño. Luego me di cuenta de que seguía dentro del sueño.

Me di la vuelta. El sillón rojo estaba ocupado. Él otra vez. El fantasma de Boston. Riendo.

«Sabía que no tenías miedo. Eres un hombre con huevos.»

Luego señaló a alguien a su lado. «Mira a quién traje.»

. . .

Una mujer alta. Elegante. Americana. Alrededor de los cuarenta. La postura de una ejecutiva. La mirada de alguien que firma los documentos que acaban con la vida de otras personas.

Me tendió la mano. «Oficina de Derechos de Autor. Washington D.C.»

Asentí. «Menudo ascenso. ¿Cómo llegaste hasta aquí?»

«Recibí un correo tuyo.»

«¿Y luego?»

«Lo leí.»

«¿Y luego?»

«Mi corazón no lo resistió.»

El fantasma soltó una carcajada. Yo no.

«Lo siento.»

«No lo sientas.»

«No, en serio.»

«No, en serio: yo también.»

. . .

Se sentó. Estudió la habitación. Me estudió a mí. Luego dijo:

«Eres el hombre que he estado esperando toda mi vida.»

«Parece un sistema complicado para conocer a alguien.»

«Fue lo mejor que pude encontrar.»

«No. Créeme. No fue lo mejor.»

Ella guardó silencio un momento. Entonces le hice la única pregunta que importaba.

«Antes de la Oficina de Derechos de Autor, ¿dónde trabajabas?»

«Una multinacional americana. Detergentes.»

«¿Cómo era?»

«Para alcanzar los objetivos, tienes que morir.»

«¿Qué quieres decir?»

«Literalmente. Te hacen trabajar hasta reventar.»

. . .

Me quedé en silencio. Luego sonreí.

«Lo siento, cariño.»

«¿Por qué?»

«Elegiste la dimensión equivocada.»

«¿Perdón?»

«En la vida, siempre —y solo— es cuestión de estilo.»

Señalé la ventana. La Tierra seguía ahí fuera. Confundida. Ruidosa. Llena de problemas.

«Escucho a todo el mundo.»

«¿Incluso a los fantasmas?»

«Sobre todo a ellos.»

«¿Entonces, por qué no vienes con nosotros?»

«Porque todavía tengo algo que terminar aquí abajo.»

El fantasma de Boston asintió. La ejecutiva bajó la mirada. Parecía decepcionada.

. . .

Me levanté. Caminé hacia la puerta. Luego me di la vuelta.

«Por cierto…»

«¿Qué?»

«Yo también estoy en detergentes, da la casualidad.»

«¿Y?»

«Pero no espero a que nadie muera para alcanzar mis objetivos.»

El fantasma aulló de risa. Ella sonrió, por primera vez.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba solo. Nadie más en la habitación. Ni fantasmas. Ni ejecutivas. Ni indios buscando un baño.

Solo el sillón rojo. Todavía observándome. Como si ya supiera quién llegaría la noche siguiente.

Ferdinando Frega